

LA OBRA AMERICANISTA DE LA BIBLIOTECARIA LUISA CUESTA GUTIÉRREZ (1892-1962), PRIMERA PROFESORA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

M^{ra} Luisa Martínez de Salinas Alonso
Universidad de Valladolid
<https://orcid.org/0000-0001-7747-8529>

Acercarse a la figura de Luisa Cuesta Gutiérrez supone encontrarse con una mujer adelantada a su tiempo, una gran profesional como bibliotecaria y archivera, implicada además en la compleja situación sociopolítica del momento que le tocó vivir y capaz de alcanzar una gran altura intelectual y de desarrollar una brillante carrera docente e investigadora. En definitiva, una mujer moderna y comprometida, pero cuya trayectoria es también un buen ejemplo de las dificultades que tuvieron que afrontar muchas mujeres en los años en los que se enmarca su biografía y de la escasa relevancia que en ocasiones se ha dado a su trabajo por valioso que fuera.

No obstante, resulta evidente que en algunas facetas fue una auténtica pionera, que, con sus múltiples actividades y proyectos, abrió camino a otras profesionales que siguieron su estela. Al menos así la consideramos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, de la que fue su primera profesora, tal como se comprueba en el Acta de la Junta de Facultad de 15 de noviembre de 1918, en la que, a una jovencísima Luisa Cuesta, que en septiembre de ese año había terminado la Licenciatura de Historia con Premio Extraordinario¹, se la nombra Auxiliar Interina Supernumeraria y se le encarga impartir varias asignaturas. Concretamente, en el Acta se lee «Geografía Política y Descriptiva y Paleografía, Sta. Cuesta»². Este apunte nos informa de que fue, por tanto, la primera mujer que compartió magisterio con sus compañeros varones en nuestra Facultad y desde hace unos años se lo reconocemos con un aula que lleva su nombre.

Entre las diversas actividades profesionales que llevó a cabo Luisa Cuesta a lo largo de los años, seguramente una de las que más le interesó y procuró desarrollar fue la investigadora, que ha quedado reflejada en numerosas publicaciones y colaboraciones³ relativas tanto a su propio ámbito profesional de bibliotecaria como al estudio de la Historia, que constituía el núcleo de su formación y por el que siempre manifestó una evidente preferencia. Sin olvidar que el trabajo de investigación seguramente le sirvió también para mitigar los efectos de la compleja situación a la que tuvo que enfrentarse tras la Guerra Civil, cuyas consecuencias padeció a través de juicios, expedientes de depuración y traslados forzosos.

Sin dejar de considerar su valiosa aportación profesional, avalada por la enorme capacidad de trabajo y la variedad de intereses que abarcó en su vida laboral, este artículo quiere resaltar sobre todo la importancia de su obra de contenido americanista, al que dedicó una parte muy sustancial de sus estudios y al que dio un carácter variado que parece depender en buena medida de la documentación que manejaba como bibliotecaria y archivera en cada momento, y, evidentemente, también de sus preferencias particulares y el atractivo que tenían para ella determinados episodios o personajes. El volumen de trabajos de Historia que dedicó a la temática americana induce a pensar que el americanismo le interesó siempre. Desde la etapa de estudiante universitaria, y posteriormente también como profesional, estuvo muy vinculada a los círculos académicos en los que se revitalizaba esta materia a principios del siglo XX y se abrían nuevas vías de investigación, en cuyo avance participó a pesar del escaso reconocimiento que ha tenido. No hay que olvidar en este sentido que dedicó su Tesis de Doctorado en 1927 al estudio del Gobierno de Pedro Lagasca y que desde 1949 ejerció como jefa de la Sección de Hispanoamérica de la Biblioteca Nacional.

¹ Archivo Universitario, Universidad de Valladolid, Leg. 681. Grado de Licenciada de Luisa Cuesta.

² Archivo Universitario, Universidad de Valladolid, Libro 306, pág. 43.

³ La relación completa de sus trabajos puede consultarse en *Obra de Luisa Cuesta*, Consello da Cultura Galega, Comisión de Igualdade. [http://culturagalega.gal/album/docs/doc_de_189_1.pdf]

En la actualidad, conocemos con bastante detalle la biografía de Luisa Cuesta gracias a algunos trabajos que se han publicado recientemente y que nos ayudan a entenderla, a valorar su labor intelectual, su profunda vocación como bibliotecaria y sobre todo a conocer su implicación en múltiples actividades vinculadas con su compromiso político y su aspiración de cambio en un tiempo, como fue el de la República para muchos intelectuales, en el que parecía que era posible avanzar en la transformación de la vida de los españoles (Egosciozabal y Mediavilla, 2012; Biblioteca en Guerra, 2005: 247). Así, a través de estos estudios, que han utilizado documentación muy diversa y completa, es posible seguir la trayectoria vital de esta mujer y valorar su contribución profesional y humana.

Desde muy joven dejó claro que era una estudiante muy brillante que no iba a conformarse con los horizontes limitados que le ofrecía la educación en su lugar de origen, el pueblo vallisoletano de Medina de Rioseco donde nació en 1892 y del que pronto salió para continuar sus estudios de bachiller en Valladolid, ingresar poco después en la Escuela Normal de esa ciudad, y, ya como maestra del pequeño pueblo palentino de Población de Campos, en 1914 matricularse en la que por entonces se denominaba Universidad Literaria de Valladolid para cursar el primer año de Filosofía y Letras. Sus excelentes calificaciones le posibilitaron continuar la carrera en la Universidad Central de Madrid, aunque volvió a Valladolid en 1918 para culminarla, con Premio Extraordinario como se ha señalado. También fue entonces cuando se convirtió en la primera profesora de nuestra Facultad, como figura en el Acta de la Junta reseñada más arriba. Mantuvo el puesto hasta 1921 cuando aprobó las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que preparó compaginándolo con la docencia y los estudios de Doctorado para iniciar la Tesis de Doctorado.

Inició la carrera profesional en la Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela, donde, al tiempo que realizó un trabajo profesional muy reconocido, estudió la carrera de Derecho, aprendió alemán y mantuvo una actividad investigadora continua y muy vinculada al Seminario de Estudios Gallegos, donde ingresó como socia de número en 1924 (Cagiao, 2021). Además, ejerció como profesora auxiliar en la sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Santiago hasta 1930, año en el que se trasladó a la Biblioteca Nacional. Por coincidencia en el tiempo y teniendo en cuenta su lugar de trabajo, está claro que participó directamente en la organización de la Biblioteca América, que nació por iniciativa del emigrante gallego en Buenos Aires Gumersindo Busto y fue inaugurada en 1926, aunque al parecer ella no estuvo presente en el acto que dio inicio a la vida de la institución.

Gran parte de su vida profesional la desempeñó en Madrid, jugando desde su llegada un papel muy relevante en cuantas actividades organizaba la Biblioteca Nacional orientadas hacia la difusión y promoción del libro y la lectura, tanto en España como en el extranjero, lo que le permitió incluso viajar a Buenos Aires en 1933 para participar en el certamen del Libro Español como representante de la Biblioteca. Al mismo tiempo, y mientras asistía en primera línea a los cambios que la situación política del país obligaba a introducir en su mundo laboral, con traslados forzosos y modificaciones constantes, que a ella misma la llevaron a trabajar en la Biblioteca Pública de Guadalajara, fue reafirmando su postura ideológica abiertamente de izquierdas, vinculándose a diversos sindicatos y organizaciones cercanas a la UGT y al Partido Comunista (San Segundo, 2010: 156). Esta posición política será determinante para su trayectoria, ya que al finalizar la Guerra Civil en 1939 tuvo que afrontar un severo juicio de depuración que la llevó incluso a la cárcel y le impidió volver de momento a la Biblioteca Nacional. Durante ese tiempo, trabajó en la Biblioteca de la Escuela de Peritos Industriales de Madrid y ejerció como profesora de forma gratuita en varios institutos de la capital.

En 1945 regresó por fin a la Biblioteca Nacional donde permaneció hasta su jubilación en 1962. Durante muchos años fue jefa de la Sección de Hispanoamérica de la misma, lo que sin duda alguna fue determinante a la hora de orientar hacia el americanismo muchas de las investigaciones que realizó desde entonces y justifica en gran medida el volumen de sus publicaciones relativas a ese ámbito y su implicación en diversos proyectos bibliográficos relacionados con el mundo americano.

Sin embargo, la vocación americanista de Luisa Cuesta había surgido mucho antes. Su predilección por la Historia de América seguramente se fue fraguando ya en la etapa de estudiante universitaria, en Valladolid y en Madrid, donde sin duda se consolidó al coincidir en la Universidad Central con algunos de los más importantes maestros del americanismo en ese momento –Rafael Altamira, Antonio Ballesteros– que estaban formando a un nutrido grupo de discípulos que posteriormente seguirían trabajando en la materia. Entre ellos estaba Luisa Cuesta pero su nombre no aparece en las obras en las que se menciona a tales alumnos (Vélez, 2007: 223). Sin embargo, aunque su presencia pasara bastante desapercibida entre sus compañeros varones,

indudablemente formaba parte del conjunto de doctorandos que se decantaron por temas americanistas para la realización de su Tesis de Doctorado. Puede que fuera la única mujer entre todos los alumnos que alcanzaron el Doctorado con un trabajo dedicado a esta disciplina. Concretamente, su estudio, que presentó en 1927 en la Universidad Central, estuvo dedicado a la figura de Pedro Lagasca⁴.

La elección de este personaje para la elaboración de la Tesis, tal vez tenga que ver con la vinculación de Lagasca a Valladolid, en cuya iglesia de la Magdalena, por él fundada, está enterrado y que desde el siglo XVI muestra exteriormente de forma muy visible, en el que se tiene por uno de los escudos más grandes de España, su implicación en el conflicto peruano y el triunfo sobre los Pizarro. Es posible que la curiosidad natural de Luisa Cuesta le llevara a tratar de conocer mejor a esa figura de tanto relieve para la ciudad. Como quiera que sea, lo cierto es que elaboró un trabajo que todavía se sigue teniendo en cuenta por su rigurosidad y por el aporte documental de manuscritos inéditos que incluye (Hampe Martínez, 1989: XXIII). En ocasiones incluso se la menciona en las relaciones bibliográficas de algunas obras (Tudela Chopitea, 2016: 95) y se utilizan sus documentos, aunque no siempre aparece en las citas correspondientes.

Si bien no se editó de forma completa, una parte relevante de la Tesis fue publicada en Santiago de Compostela en 1928, mientras ejercía su trabajo como bibliotecaria en esta ciudad⁵. En concreto, poco después de la defensa, Luisa Cuesta consiguió que la editorial El Eco Franciscano publicara el capítulo VI, «Su obra colonizadora. Administración. Nuevas conquistas», por entender que, además de la tarea más importante de la obra de Lagasca, esa parte era por entonces lo más desconocido de su gestión (Cuesta Gutiérrez, 1928: 16). Aunque evidentemente la Tesis abarca todos los aspectos relacionados con el personaje y sus actividades en Perú, la publicación recoge únicamente la acción de Gobierno de Lagasca en relación con la Real Hacienda, los Repartimientos y las Encomiendas, la protección a los indígenas y la Justicia, apoyándose en una destacada abundancia de fuentes procedentes de archivos diversos. Incluso pudo utilizar documentación privada de Marcos Jiménez de la Espada, a cuyo hijo agradece la posibilidad de la consulta. La obra se completa con un amplio apéndice documental que, además de textos inéditos sobre el Gobierno del Pacificador, incluye algunos sobre el Patronato de Lagasca en la iglesia de la Magdalena, que confirman su vinculación con el templo y que seguramente veían la luz por primera vez.

Los años de estancia en Santiago (1921-1930) fueron desde luego muy prolíficos en cuanto a investigación para Luisa Cuesta. Durante ese tiempo, además de gestionar la publicación de la Tesis, de su trabajo en la Biblioteca y su labor docente, redactó algunos estudios muy interesantes sobre la Universidad e incluso elaboró un artículo sobre feminismo que permanece inédito⁶. Pero, por lo que en esta ocasión interesa, tuvo posibilidad de consultar las fuentes documentales santiaguesas que le permitieron redactar uno de sus artículos más relevantes y que todavía hoy sigue siendo una referencia obligada en el tema, como es el titulado «La emigración gallega a América», en el que por primera vez se aborda de forma global la participación de la región en el proceso emigratorio desde el siglo XVI al XIX, incidiendo en los cambios políticos que determinaron la implantación de diferentes fórmulas de poblamiento (Cagiao, 2021). En él analiza los principales planes migratorios que, en función de las cambiantes necesidades políticas, estratégicas o económicas de la Corona, se pusieron en marcha sobre todo en la etapa Moderna y en los que jugaron un papel determinante los habitantes de Galicia.

El trabajo, que en 1929 fue premiado en el Centro Gallego de Montevideo con la medalla del Presidente de la República Argentina (Egoscozabal y Mediavilla, 2012: 175), hace un recorrido bastante amplio por el proceso de la emigración en Galicia a lo largo del tiempo, no solo contemplando las propias misiones pobladoras que se nutrían sobre todo de campesinos para los que América representaba una nueva oportunidad, sino destacando también la aportación más intelectual de los claustrales de la Universidad de Santiago, cuya presencia en la administración americana conoció a través de los fondos del Archivo Universitario. No obstante, la mayor parte del artículo se centra en el análisis de dos proyectos con participación masiva de gallegos en el siglo XVIII: el de Bruno Zabala de 1725 para poblar la Banda Oriental, que supone una aportación siempre valorada (Eiras Roel, 1989: 225) y el de Jorge Austraui y Bernardo Herbella de 1778 con destino a la Patagonia, que posteriormente ha sido estudiado por otros autores (Porro Gutiérrez, 1995). En la visión que ofrece de la organización y de los integrantes de estas expediciones se observa una gran carga de paternalismo, lo cual, además de atribuirse a la consideración que por entonces se tenía de los emigrantes, realza la importancia que la autora concede a los individuos

⁴ *La Gasca en América. Contribución al estudio de la política colonizadora de España en América durante el siglo XVI.*

⁵ En las descripciones bibliográficas de algunas bibliotecas, sitúan la publicación de esta obra en Santiago de Chile.

⁶ *Obra de Luisa Cuesta*, Consello da Cultura Galega, Comisión de Igualdade.

y a la comprensión de la dureza del proceso por encima de otros planteamientos (Cuesta Gutiérrez, 1932: 175 y ss)⁷.

Como en la anterior publicación, llama la atención el volumen de las fuentes que utilizó para la elaboración del artículo. Gran parte de ellas son gallegas, pero también procedentes del Archivo de Indias, adonde sin duda se desplazó, añadiéndole un mérito mayor a su trabajo teniendo en cuenta las dificultades que por entonces existían para los desplazamientos, máxime desde Galicia.

En directa relación con este tema y aprovechando las posibilidades de estudio que le ofrecieron los fondos de la Universidad de Santiago, que completó con otros muchos repositorios e incluso con fondos argentinos que tuvo la oportunidad de consultar con ocasión del viaje que realizó a aquel país en 1933, que incorporó posteriormente cuando se publicó⁸, al poco de llegar a Madrid defendió una nueva Tesis en 1930, esta vez en Derecho, dedicada a la *Colonización de la Patagonia en el siglo XVIII*, de la que consiguió editar una pequeña parte también en Santiago en 1935 (Cuesta Gutiérrez, 1935).

En realidad, la publicación es un artículo muy breve, en que apenas se incluye una descripción geográfica de la zona y unas escuetas referencias a los primeros pasos de la colonización patagónica. Básicamente, es el primer apartado del capítulo general de los antecedentes de ocupación de la Patagonia por los españoles, que concibió de forma mucho más amplia⁹ pero que finaliza en pocas páginas con un conciso («continuará»).

Sin embargo, resulta muy interesante la introducción, en la que además de poner en valor la aportación gallega al proceso colonizador, fundamentalmente de la Patagonia y de la zona del Plata, que para ella es uno de los ámbitos en el que la emigración familiar gallega jugó un papel primordial y así lo quiere destacar, resalta también el proceso inverso, es decir, la contribución de los indios gallegos al progreso material y cultural de su tierra de origen, de lo que uno de los máximos exponentes es para Luisa Cuesta la Biblioteca América que, desde sus inicios, se convirtió en el gran centro de investigación que su fundador, Gumersindo Busto, quiso que fuera y que ella conocía bien por haber intervenido en su gestación y haber utilizado sus fondos para algunos trabajos.

Tras la edición de este breve ensayo y otro sobre Incunables de la Biblioteca Nacional que apareció el mismo año, las publicaciones de Luisa Cuesta se detienen durante un tiempo debido sin duda alguna a la Guerra Civil y a las penosas circunstancias por las que tuvo que atravesar en aquel tiempo. Durante la Guerra siguió participando en actividades políticas con plena fidelidad a la República e interviniendo en las tareas de protección de las obras de la Biblioteca. Por ello, durante la inmediata posguerra tuvo que enfrentarse al expediente de depuración que tantas amargas le acarreo. Sin embargo, no detuvo su labor investigadora. Muy al contrario, continuó con la investigación seguramente fue la actividad que le permitió soportar mejor la dramática situación que tuvo que afrontar: las denuncias, el juicio, y, en el plano laboral, el cese de la Biblioteca Nacional al que se vio obligada en 1940.

En esa época centró las inquietudes investigadoras en la elaboración de sendos estudios sobre la Imprenta en Salamanca y Burgos, que publicó en 1941 y 1946 respectivamente. Ambos obtuvieron el Premio de Bibliografía de la Biblioteca Nacional en 1944 y 1946 y han servido de base para posteriores trabajos de tipobibliografía de esas ciudades.

Tras su vuelta a la Biblioteca Nacional en 1945 y sobre todo a raíz de su nombramiento como jefa de la Sección de Hispanoamérica en 1949, retomó la investigación histórica vinculada al americanismo y a partir de entonces su nombre aparece varias veces en la *Revista de Indias* como autora de algunos trabajos.

Ya antes de esa fecha había colaborado por primera vez en la *Revista* en 1947 cuando se incluyó en la sección Miscelánea la transcripción de un conjunto de documentos hasta ese momento inéditos sobre la figura y la familia de Francisco Pizarro (Cuesta Gutiérrez, 1947)¹⁰. Se trata de una

⁷ «...en el momento de la despedida unos lloraban mientras otros vitoreaban al Rey y a la Patria que iban a dejar, acaso, para siempre, y esto entre el estrépito con que las gaitas y tamboriles acompañaban esta marcha que, si llena de esperanza, no por eso la acogía el corazón con alegría».

⁸ Ella misma lo explica en el artículo en el que se publica el trabajo: «La circunstancia de residir en Galicia, país emigrante por excelencia de España, puso en mis manos algunos de los documentos que, inéditos, esperaban quien los sacase del olvido, y que se completan con abundantísima documentación del Archivo de Indias, Simancas e Histórico Nacional a la vez que con manuscritos de la Biblioteca de la Academia de la Historia y Nacional, que se ocupan de los mismos asuntos, y, con posterioridad, un viaje a Argentina me permitió trabajar en el Archivo de esta nación, que guarda interesantes documentos sobre el mismo tema....».

⁹ El esquema general que plantea es el siguiente: *Antecedentes de la colonización patagónica del siglo XVIII*: La colonización en el siglo XVI (Magallanes, Camargo, Sarmiento de Gamboa, etc.). El fracaso de sus intentos colonizadores. Principios jurídicos que la informan. *La colonización en el siglo XVII*: Las expediciones de Los Nodales. Otras posteriores. Fracaso de todos los proyectos de colonización. Los principios económicos. Orientación política.

¹⁰ En la mayor parte de las relaciones de su obra, se sitúa este artículo en 1948.

selección extraída de un largo pleito que se planteó por el litigio que desencadenó el reparto de los bienes de los Pizarro y que ella encontró en el Archivo Histórico Nacional. En concreto, en esa ocasión publicó el testamento de Gonzalo Pizarro, padre del conquistador del Perú, el de Juan Pizarro y el de Hernando Pizarro con su correspondiente codicilo, así como la escritura de fundación del mayorazgo que establecieron Hernando Pizarro y su sobrina y esposa Francisca Pizarro, hija del conquistador, en 1571. En ellos se recogen noticias sumamente interesantes y desconocidas entonces sobre la conquista y el mundo de los conquistadores. Tal como ella misma dice en la breve introducción que encabeza el artículo, su intención era continuar sacando a la luz los documentos del pleito, pero no existe constancia en otras publicaciones de que lo hiciera.

Sin embargo, si bien no volvió a la documentación de los Pizarro, al año siguiente, junto a un joven Jaime Delgado que empezaba por entonces su carrera académica en el americanismo, insistió en el tema de la conquista y publicó, de nuevo en la *Revista de Indias*, algunos de los pleitos que, vinculados con diversos asuntos relacionados con la figura de Hernán Cortés y sus descendientes, se conservan en la compleja sección de Pleitos de la Biblioteca Nacional (Cuesta Gutiérrez y Delgado, 1948). Se trata en concreto de cuatro pleitos del siglo XVI que ilustran el complejo mundo familiar del conquistador de México y también el mundo de los intereses que lo rodeaban¹¹. Supone una contribución documental muy relevante y pone en valor la aportación de la Biblioteca Nacional para el conocimiento de las fuentes sobre el conquistador de México, cuyos papeles se han ido recopilando a lo largo del siglo XX en diversas obras que incluyen fondos de los principales archivos españoles, mexicanos y de otras instituciones (Martínez, 2014: 9), entre las que hay que incluir sin duda la Biblioteca Nacional de Madrid.

Con ocasión de la celebración del Primer Congreso Hispanoamericano de Historia, que se reunió en Madrid entre el 1 y el 12 de octubre de 1949, el Instituto de Cultura Hispánica y la Biblioteca Nacional organizaron una exposición dedicada a dar a conocer la riqueza en libros y mapas que sobre la Independencia custodiaba la institución. Como jefa de la Sección de Hispanoamérica, a Luisa Cuesta le correspondió la responsabilidad de elaborar, o al menos coordinar, el correspondiente Catálogo, en el que se recogieron las principales obras, tanto impresas como textos de prensa (Cuesta Gutiérrez, 1949) que sobre el tema se guardan en la Biblioteca Nacional. La exposición quiso ser «un gentil saludo a los miembros del Primer Congreso Hispanoamericano de Historia...», cuyo tema central era precisamente el estudio de la Independencia, y el Catálogo se convirtió en la primera recopilación de los fondos de la Biblioteca sobre dicha cuestión. A pesar de ello, algunos repertorios posteriores dedicados al mismo asunto no lo tienen en cuenta y no aparece en ellos referencia alguna al Catálogo de 1949 (Muradás, 2014)¹², aunque sí se la cita en las obras más extensas sobre la Biblioteca Nacional (Bibliografía, 2014: 41).

En la introducción del Catálogo de la Exposición, anunciaba Luisa Cuesta su intención de publicar la obra a la que dedicó gran parte de sus esfuerzos desde que llegó a la Biblioteca Nacional y que no fue otra cosa que un Catálogo general de obras de la Sección de Hispanoamérica que ella dirigía. El libro, que elaboró con su hermana Modesta, que era auxiliar del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas, se editó en 1953 y va precedido de un prólogo firmado por el entonces director general de Archivos y Bibliotecas, Francisco Sintés, en el que se destaca la importancia del Catálogo como «servicio de primer orden» cuyos materiales «están llamados a desempeñar un excelente papel en la revisión histórica de ese pasado cuyo estudio tanta fuerza tiene en el presente y ha de tener en el porvenir esperanzador y luminoso de la Hispanidad» (Cuesta Gutiérrez, 1953: VII). Pero, aun destacando la importancia del contenido y el valor del Catálogo como herramienta para los historiadores y para el estudio del recurrente y ambiguo concepto de *Hispanidad*, en el prólogo que encabeza esta obra, de más de 300 páginas que recoge 3.364 referencias bibliográficas, no se cita en ningún momento a las autoras ni hay una sola palabra de agradecimiento a su trabajo.

Desde luego, parece claro que la década de los cincuenta fue una época particularmente activa desde el punto de vista laboral para Luisa Cuesta ya que, además de los catálogos y el trabajo bibliotecario, no solo en Madrid sino visitando otras bibliotecas, sobre todo las portuguesas, para conocer su funcionamiento (Egoscozabal y Mediavilla, 2012: 185) continuó con la tarea de investigación, que, junto a temas distintos, le llevó a publicar también algunos trabajos de contenido americanista, centrados como hasta entonces en el siglo XVI y en documentación relativa a los conquistadores.

¹¹ Habitualmente este artículo aparece citado como Pleitos «cortesianos», modificando sustancialmente el contenido.

¹² No aparece en esta Guía ninguna mención al Catálogo de Luisa Cuesta a pesar de que la obra incluye un apartado específico de Catálogos y, como repositorio que quiere recoger de forma amplia toda la información sobre el tema, relaciona la mayor parte de las obras que vemos en el de 1949. El autor ni siquiera lo cita como precedente de su trabajo.

Así, en el número 49 de la *Revista de Indias*, correspondiente a 1952, incluyó un breve trabajo que en su mayor parte es la transcripción de un documento de Pedro de Orellana que se conserva en el Archivo de Simancas (Cuesta, 1952). Se trata de una petición que el conquistador presentó al Consejo solicitando la Capitulación para la conquista de la Nueva Andalucía y que ella consideraba inédito al no haberlo encontrado citado por los principales estudiosos del momento. En realidad, el documento ya se conocía pues se incluyó en la edición que hizo en 1894 José Toribio Medina de la Relación de Fray Gaspar de Carbajal del viaje de Orellana (Carvajal, 2020: 13).

Siguiendo la misma temática, también la *Revista de Indias* publicó en 1953 dos nuevos documentos transcritos por Luisa Cuesta. El primero de ellos es un texto breve, procedente también del Archivo de Simancas, que no lleva fecha ni firma y alude a las quejas que en ocasiones plantearon los conquistadores ante la Corte por las acusaciones de malos tratos a la población indígena de que eran objeto (Cuesta, 1953). El segundo tiene mayor importancia para ella ya que se refiere a D. Pedro Lagasca, sobre quien había trabajado en su Tesis y cuyo testamento publica en esta ocasión. Tal como indica en la breve introducción, no pudo encontrar el documento cuando escribió lo que denomina, en referencia a la edición del resumen de la Tesis, «un folleto» sobre el personaje, pero al hallarlo posteriormente en el Archivo de la Catedral de Palencia consideró que debía publicarlo para completar su aportación sobre el Pacificador de Perú (Cuesta, 1953). El documento ha sido utilizado en algunas monografías sobre Lagasca (Hampe, 1989: 224).

Los dos últimos trabajos de tema americanista que publicó Luisa Cuesta en los años cincuenta, están muy relacionados con su tarea profesional como bibliotecaria y su particular interés por la Historia de la imprenta y el mundo del libro, que siempre constituyó uno de los elementos centrales de su trabajo tal como lo muestran las numerosas publicaciones que elaboró al respecto. Consecuentemente, en estos dos artículos aún las materias a las que dedicó gran parte de su vida y por las que se interesó durante muchos años: la Historia de América y la Historia del libro, lo cual queda fielmente constatado en el primero de los estudios, que lleva por título precisamente *La imprenta y el libro en la América Hispana Colonial* (Cuesta, 1957). A pesar de la amplitud del título, la autora era consciente de que «Encerrar la historia de la tipografía de todos los países que formaban las provincias españolas de ultramar en el reducido marco de un artículo, sería lo mismo que intentar recoger en una concha las aguas del Océano», por lo que, tomando como referencia los estudios previos de José Toribio Medina y otros, realiza una descripción de los inicios de la imprenta en México que le servirá de base para describir las obras que de ese período (1540-1600) y editadas en ese Virreinato se custodian en la Biblioteca Nacional, lo cual era el objetivo central del estudio.

El segundo de los trabajos (Cuesta, 1959) tiene un marco territorial distinto pero su finalidad también era dar a conocer la riqueza de las obras referentes a las posesiones ultramarinas, en este caso orientales, de la Biblioteca Nacional. En él describe dos bibliotecas que formaban «una subsección de la Hispano-Americana», la de Ultramar y otra que acababa de comprar el Estado español a los herederos de D. Antonio Graiño, deteniéndose particularmente en los ejemplares procedentes de las prensas filipinas sobre todo en el siglo XVII, cuyas particularidades resalta con detalle.

Considerando en conjunto las publicaciones americanistas de Luisa Cuesta, resulta evidente que suponen una contribución destacada al avance de esta disciplina en la primera mitad del siglo XX, sobre todo en el aspecto documental y bibliográfico, del que hace un uso muy riguroso para enmarcar convenientemente los temas que toca. Estamos ante una investigadora muy seria que escribe con enorme claridad, entrando de lleno en los asuntos sin utilizar más palabras de la cuenta ni grandes hipérbolos y buscando las fuentes en todos los archivos que pudo consultar, lo cual supone una dificultad añadida en la época. Entiendo que no se la puede considerar una bibliotecaria aficionada a la Historia, sino una historiadora de pleno derecho que utiliza el método de esta disciplina con rigor y así lo muestra en sus trabajos.

Luisa Cuesta fue una trabajadora incansable que inició muchos proyectos de estudio en el mundo del americanismo –algunas de sus publicaciones son apenas un esbozo de ellos–, y desde luego destacó en su campo profesional como bibliotecaria, aunque lamentablemente con frecuencia ha tenido escaso reconocimiento en las dos facetas. Su compromiso político y su condición de mujer no eran buenas recomendaciones para realizar una carrera profesional valorada y visible en el tiempo que le tocó vivir. No obstante, ha sido muy enriquecedor conocer con mayor profundidad su figura y su obra y también ha sido doloroso comprobar el olvido en el que todavía se la tiene por parte de autores contemporáneos que desconocen o quieren desconocer su aportación. Espero que en adelante podamos valorarla mucho más porque desde luego le sobran méritos para que así sea.

OBRAS DE CONTENIDO AMERICANISTA DE LUISA CUESTA

- La obra de D. Pedro de La Gasca en América. Contribución al estudio de la política colonizadora de España en América durante el siglo XVII.* Santiago: El Eco Franciscano, 1928.
- «La emigración gallega a América», *Archivos de Seminario de Estudos Galegos*. Santiago de Compostela, 1932, tomo 4, pp. 141-217.
- «La colonización de la Patagonia en el siglo XVIII. Principios jurídicos que la dirigen y la condicionan», *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela* 24, 1935, pp. 75-96. [https://biblioteca.galicianas.gal/es/consulta/resultados_ocr.do]
- «Una documentación interesante sobre la familia del conquistador del Perú», *Revista de Indias* 30, 1947, pp. 865-892.
- Jaime DELGADO: «Pleitos Cortesianos en la Biblioteca Nacional», *Revista de Indias* 31-32, 1948, pp. 247-296.
- Exposición de Libros y Mapas sobre la Independencia de América.* Madrid, 1949.
- «La petición de Francisco de Orellana de 1543 y pareceres de los del Consejo», *Revista de Indias* 49, 1952, pp. 571-577.
- Modesta CUESTA: *Catálogo de obras Iberoamericanas y Filipinas de la Biblioteca Nacional de Madrid.* Madrid: Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953.
- «También los conquistadores se quejaban», *Revista de Indias* 51, 1953, pp. 117-118.
- «Testamento de D. Pedro Gasca, pacificador del Perú y la apertura del mismo», *Revista de Indias* 51, 1953, pp. 119-122.
- «La imprenta y el libro en la América Hispana Colonial», *Gutenberg Jahrbuch*, 1957, pp. 160-167.
- «Dos grandes bibliotecas del extremo Oriente para la Nacional de Madrid», *Gutenberg Jahrbuch*, 1959, pp. 120-126.

REFERENCIAS

- Bibliografía sobre la Biblioteca Nacional de España.* Madrid: Biblioteca Nacional, 2014.
- CAGIAO, Pilar: «A pionera dos estudos americanistas en Galicia». Luisa CUESTA, *La emigración gallega a América*, edición facsimilar. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, Colección Clásicos da emigración 7, 2021.
- CARVAJAL, Gaspar de: «La expedición de Francisco de Orellana al Amazonas». Ed. de Ángel Luis Encinas Moral. Madrid: Miraguano, 2020.
- Catálogo de la Exposición Biblioteca en Guerra.* Madrid: Biblioteca Nacional, 2005.
- EGOSCOZÁBAL CARRASCO, Pilar; MEDIAVILLA HERREROS, María Luisa: «La bibliotecaria Luisa Cuesta Gutiérrez (1892-1962)», *Revista General de Información y Documentación* 22, 2012, pp. 169-187.
- EIRAS ROEL, Antonio: «En torno a la emigración gallega a América en el siglo XIX. Algunas consideraciones a la luz del ejemplo canario», *Espacio, Tiempo y Forma* 1, 1988, pp. 225-240.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro: *Don Pedro de La Gasca. Su obra política en España y América.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989.
- MARTÍNEZ, José Luis: *Documentos Cortesianos I 1518-1528, Secciones I a III.* México: FCE y Universidad Nacional Autónoma, 2014. [<https://elibro.net/es/ereader/uva/110409>]
- MURADÁS GARCÍA, Félix: *La época de las independencias: Hispanoamérica 1806-1830. Guía de recursos bibliográficos en la Biblioteca Nacional de España.* Madrid: Biblioteca Nacional, 2014.
- PORRO GUTIÉRREZ, Jesús M^a: *La emigración asturiana y castellano-leonesa para el poblamiento de la Patagonia en época de Carlos III.* Valladolid, 1985.
- SAN SEGUNDO MANUEL, Rosa: «Mujeres bibliotecarias durante la II República: de vanguardia intelectual a la depuración», *CEE Participación Educativa*, número extraordinario, 2010, pp. 143-164.
- TUDELA CHOPITEA, Alejandro: *Pedro de La Gasca. Pacificador del Perú.* Valladolid: Editorial Páramo, 2016.
- VÉLEZ, Palmira: *La historiografía americanista en España. 1755-1936.* Madrid: Iberoamericana-Veuvert, 2007.

INTERCAMBIOS MUSICALES ENTRE EL CHILE DE ALLENDE Y LA CUBA DE FIDEL (1970-1973)

Natália Ayo Schmiedecke
Universidad de Hamburgo
<https://orcid.org/0000-0002-6515-5965>

Durante los años sesenta y setenta proliferaron en América Latina movimientos que reivindicaban la canción como arma política. Este es el caso, entre otros, del Nuevo Cancionero Argentino, la Nueva Canción Chilena, la Nueva Canción Uruguaya y la Nueva Trova Cubana¹. En la mayoría de los países, la canción militante estuvo vinculada a la oposición política y enfocó su discurso en la crítica al orden establecido –especialmente en lo que respecta a las profundas desigualdades de las sociedades latinoamericanas y la injerencia de Estados Unidos en la región. En los casos de Chile y Cuba, en que la izquierda llegó al poder, los movimientos de la Nueva Canción y la Nueva Trova se encontraron en una situación distinta, que fue la de involucramiento con sus respectivos Gobiernos. Más allá de denunciar a sus enemigos políticos, ellos buscaron contribuir al éxito del proyecto socialista.

La conexión entre artistas que vendrían a participar en estos movimientos se dio a partir de 1967, cuando se realizó en Cuba el Encuentro de la Canción Protesta, en el cual participaron representantes de dieciocho países (Ossorio, 1967)². Entre los frutos del evento se encuentran una declaración de principios, publicada en la revista *Casa de las Américas* no. 47, un álbum colectivo y el Centro de la Canción Protesta, creado poco después. Los músicos Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Noel Nicola pasaron a trabajar en este centro y, a mediados de 1969, se integraron en el recién creado Grupo de Experimentación Sonora (G.E.S.) del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). Dirigido por el maestro Leo Brower, el G.E.S. estaba a cargo de la banda sonora de las películas producidas por el ICAIC. Poco después, el término «Nueva Trova» –que abarcaba una gran diversidad de tendencias y estilos musicales– pasó a circular y en 1972 el Movimiento de la Nueva Trova (MNT) se institucionalizó, lo que, por un lado, impulsó la valoración y difusión de este repertorio dentro y fuera de la isla y, por otro, dificultó la creación y difusión de canciones críticas al régimen (Villaça, 2004; Moore, 2006).

Si en Cuba el movimiento nació ya en el contexto revolucionario, en Chile el compromiso político de los músicos precedió y contribuyó a la llegada de la izquierda al Gobierno. Bajo la consigna «No hay revolución sin canciones», los artistas reunidos alrededor de la Peña de los Parra³ y otros espacios de sociabilidad vinculados a la izquierda política apoyaron al candidato de la Unidad Popular, Salvador Allende, quien triunfó en las urnas el 4 de septiembre de 1970⁴. En este contexto, la Nueva Canción Chilena se consolidó como un movimiento musical y, tras la victoria de Allende, pasó a ser vista como «arte oficial», aunque en la práctica los músicos no contaron con patrocinio estatal y la mayoría de ellos siquiera logró profesionalizarse en el período (Schmiedecke, 2015, 2017). El programa de gobierno de la Unidad Popular proponía la implementación gradual del socialismo en el país respetando la institucionalidad democrática («Programa básico...», 1969). La llamada «experiencia chilena» fue interrumpida por el golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973, que condujo a la larga y violenta dictadura del general Augusto Pinochet.

Como señala el historiador Rafael Pedemonte (2019), Allende y Castro eran conscientes de las profundas diferencias entre los procesos chileno y cubano, pero esto no les impidió fraguar una

¹ Sobre las diferentes manifestaciones nacionales de la Nueva Canción en América Latina, ver Vila (2014) y Gomes (2015).

² Los músicos chilenos que participaron en el Encuentro fueron Isabel Parra, Ángel Parra y Rolando Alarcón.

³ Ángel e Isabel Parra inauguraron la Peña de Los Parra en Santiago de Chile en 1965. La Peña fue concebida como una especie de cooperativa de artistas y tuvo en su elenco inicial, además de los hermanos Parra, a Rolando Alarcón y Patricio Manns. En 1966, el músico y director de teatro Víctor Jara se integró también a este grupo. La Peña se consolidó como un espacio de difusión de la propuesta de renovación del folklore llevada a cabo por estos y otros músicos y como lugar de reunión de la izquierda chilena hasta el golpe militar de 1973.

⁴ Entre los músicos que apoyaron la candidatura y el Gobierno de Allende se encuentran Víctor Jara, Isabel y Ángel Parra, Rolando Alarcón, Patricio Manns, Osvaldo Rodríguez, Payo Grondona, Sergio Ortega y los conjuntos Quilapayún, Inti-Illimani, Aparcoa y Timponeuvo.

alianza en nombre de la revolución latinoamericana. En sus discursos y entrevistas a la prensa, ambos adoptaron la estrategia de apoyarse mutuamente e insistir en que, por caminos diferentes, correspondientes a las especificidades nacionales, buscaban alcanzar el mismo objetivo⁵. Así, prevaleció la solidaridad entre la Revolución Cubana y la Vía Chilena, es decir, el apoyo al otro proceso como forma de sostener el propio. Como lo explica el historiador Gonzalo Montero (2019: 108-109), «mientras que para Chile era importante establecer una conexión de solidaridad con Cuba, también era importante para Cuba demostrar que La Habana no estaba intentando imponer su modelo revolucionario»⁶ en esta nueva fase de su política exterior (Harmer, 2011; Pedemonte, 2019).

En los estudios que se centraron en las relaciones Cuba-Chile a principios de los años setenta hay una tendencia a enfocarse en la dimensión diplomática, utilizando principalmente documentos producidos por agencias de relaciones exteriores y discursos de líderes políticos (Fermandois, 1985; Haslam, 2005; Harmer, 2011; Pedemonte, 2019; Borges y Vasconcelos, 2019). Hay muy pocos análisis centrados en el ámbito cultural y todos parecen coincidir en que las obras producidas durante la Unidad Popular demuestran tanto la búsqueda de un acercamiento entre Chile y Cuba, como las tensiones involucradas en este proyecto (Del Valle Dávila y Aguiar, 2003; Del Valle Dávila, 2019; Montero, 2019). Como se desprende de estos trabajos, los debates intelectuales y las creaciones artísticas difundieron representaciones sobre la relación entre los dos países y, con eso, contribuyeron a generar empatía o escepticismo respecto a la noción de «pueblos hermanos».

El mapeo que realicé durante mi investigación posdoctoral⁷ de las iniciativas en que participaron exponentes de la Nueva Canción Chilena y la Nueva Trova Cubana mostró que hubo un esfuerzo por acercar ambos procesos, tal como se nota en los discursos de Castro y Allende. Más que un reflejo de sus políticas diplomáticas, sostengo que la música fue parte de estas políticas. A través de diversas iniciativas, la música proyectó y materializó los principios de solidaridad y colaboración. En este sentido, podemos hablar de «diplomacia musical», tal como lo ha sugerido el historiador Javier Rodríguez (2017).

En mi estudio busqué identificar colaboraciones entre instituciones y músicos chilenos y cubanos, además de eventos y obras que tematizaron el proceso político desde un país al otro. Encontré que la música popular se concibió como un espacio privilegiado para estrechar los lazos entre la Revolución Cubana y la Vía Chilena. Entre 1970 y 1973 se incrementó la cantidad de viajes de músicos de un país a otro, se llevaron a cabo varios proyectos colaborativos y se difundieron canciones sobre el «país hermano» y su arte. Al comentar estas actividades en la prensa, los músicos subrayaron el establecimiento de lazos de solidaridad y manifestaron su deseo de romper barreras. Sin embargo, encontraron algunas dificultades para concretar este proyecto.

A continuación, comentaré algunos ejemplos. Al seleccionarlos, busqué superar la tendencia a enfocarse en determinados artistas y obras que se repiten en los estudios sobre la Nueva Canción Chilena, cuya bibliografía es bastante más abundante que aquella dedicada a la Nueva Trova. Así, incorporé nombres poco recordados por la bibliografía, como el conjunto Aparcoa y la compositora y cantante Marta Contreras, en el caso chileno; y el conjunto Manguaré, en el caso cubano. También es importante aclarar que la mayoría de las fuentes en que se basa este estudio proviene de Chile, debido a dos razones. La primera es que el movimiento de la Nueva Canción Chilena y el Gobierno de la Unidad Popular constituyen mis principales temas de investigación desde hace doce años, por lo que he podido acceder a muchos y variados tipos de documentos producidos por la izquierda chilena del período. La segunda es que de las fuentes cubanas que he podido consultar hasta este momento⁸ he obtenido poca información sobre los intercambios musicales con Chile.

En el ámbito político, el acercamiento entre los gobiernos de Castro y Allende se oficializó mediante el restablecimiento de las relaciones diplomáticas a finales de 1970, las cuales se habían roto en 1964 por determinación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Entre noviembre y diciembre de 1971, invitado por Allende, el líder cubano realizó una larga visita oficial a Chile acompañado de una delegación artística⁹. La visita ha sido ampliamente analizada por la bibliografía y, mientras que algunas autoras subrayaron el esfuerzo de los dos gobernantes en el

⁵ En otro artículo, todavía inédito, analizo los discursos de Castro y Allende sobre las relaciones Cuba-Chile durante la Unidad Popular. Este tema también fue abordado por Montero (2019).

⁶ Todas las traducciones al español de textos originalmente en inglés son de mi autoría.

⁷ Titulada «Cultura e socialismo: entre a Revolução Cubana e a Vía Chilena (1970-1973)» y desarrollada en el DH/IFCH de la Universidade Estadual de Campinas, Brasil, con beca de FAPESP (proceso 2018/00325-0).

⁸ Revista *Casa de las Américas*, revista *Cuba Internacional*, diario *Granma* y algunos libros de entrevistas.

⁹ Formada, en el ámbito musical, por Orquesta Aragón, Elva Calvo, Los Papines, Carlos Puebla y Los Tradicionales.

sentido de apoyarse mutuamente (Harmer, 2011; Borges y Vasconcelos, 2019), otros constataron la dificultad o incluso la resistencia de Castro a reconocer la viabilidad del proyecto de transición al socialismo propuesto por la Unidad Popular (Fernandois, 1985; Haslam, 2005; Aggio, 2015)¹⁰.

Durante la visita, el cantante Carlos Puebla, quien formaba parte de la delegación artística cubana, manifestó su deseo de acercar ambos procesos a través de la música como una forma de contribuir al movimiento más amplio de liberación e integración continental:

Desgraciadamente estos diez años en los que ni Chile supo de Cuba, ni Cuba de Chile, han pesado. América es una sola, cualquier canción chilena o peruana la podemos sentir como nuestra porque somos iguales, desgraciadamente nos dividieron, pero espero que pronto estemos verdaderamente integrados y conscientes de que América es una sola unidad (Gomes, 2015: 144)¹¹.

Como lo veremos más adelante, la insistencia de Puebla y otros exponentes de la canción comprometida de la época en que habría una identidad y un lenguaje comunes a las expresiones musicales de la región se mostró difícil de sostener en algunos momentos.

Una de las presentaciones de los delegados cubanos fue registrada en disco bajo el título *Saludo Cubano* (1971) por la casa grabadora de las Juventudes Comunistas de Chile, la Discoteca del Cantar Popular (DICAP). Otros artistas cubanos que grabaron Long Plays (LP) con este sello durante la UP fueron Benny Moré (1971), Pacho Alonso (1971), Orquesta Riverside (1972) y Manguaré (1972). Con eso, Cuba se convirtió en el país extranjero más representado en el catálogo de DICAP, el cual estaba mayoritariamente dedicado a la Nueva Canción Chilena (Schmiedecke, 2014).

Posteriormente, en septiembre de 1972, los músicos cubanos Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Noel Nicola viajaron a Chile para participar como delegados en el VII Congreso Nacional de las Juventudes Comunistas de Chile. Ellos fueron invitados por el Comité Cultural de la organización, la Base Violeta Parra, que tenía entre sus miembros a tres músicos de la Nueva Canción Chilena: Isabel Parra, Osvaldo Rodríguez y Horacio Salinas (miembro del conjunto Inti-Illimani). Los cubanos también se presentaron gratuitamente en un evento de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), en el Estadio Chile, y en la Peña de los Parra (Mularski, 2014: 194-195; Alborno, 2005: 171). La presentación en la Peña tuvo como objetivo recaudar fondos para las Juventudes Comunistas de Chile, demostrando que la solidaridad se dio más allá del ámbito discursivo.

Por su parte, los músicos de la Nueva Canción Chilena que se presentaron en Cuba durante la Unidad Popular fueron Ángel Parra, Isabel Parra, Víctor Jara, Payo Grondona y los conjuntos Quilapayún, Inti-Illimani y Aparcoa (Rodríguez, 2017: 6-7). Estos viajes tenían un doble propósito: dar visibilidad a la canción política desarrollada por el movimiento y contribuir a la llamada «Operación Verdad», a través de la cual Allende buscó transmitir una imagen positiva del proceso chileno en el exterior (Carrasco, 2003: 178; Rodríguez, 2017: 6). Como lo demuestra el caso de Víctor Jara, los músicos chilenos iban a Cuba invitados por organizaciones políticas e instituciones culturales –Unión de Jóvenes Comunistas, Comisión Nacional de Cultura y Casa de las Américas– y se presentaban en diferentes escenarios para variados públicos, tales como pescadores, empleados de ferrocarriles, campesinos, artistas, estudiantes, trabajadores del Ministerio del Interior y de las Fuerzas Armadas («Víctor Jara fue por canto...», 1972: 37; «Recital de Víctor Jara...», 1972: 5).

Durante su estadía en Cuba en 1971, Quilapayún tuvo la oportunidad de reunirse tres veces con Fidel Castro, quien quedó impresionado y decidió impulsar la creación de un grupo similar en la isla (Carrasco, 2003: 207-208)¹². Los integrantes de este grupo fueron seleccionados en un concurso y se conocieron un mes antes de viajar a Chile, donde permanecieron seis meses para aprender sobre el folclore sudamericano. La existencia de un objetivo diplomático, más allá de lo musical, se puede ver en el nombre elegido por Manguaré, que hace referencia al tambor utilizado por una tribu indígena que vivía aislada en la frontera de Brasil para comunicarse con otras tribus. El grupo explicó en una entrevista a la revista *Ramona*, publicada por las Juventudes Comunistas de Chile, que «Como nosotros queremos comunicarnos con los distintos pueblos de América Latina, pensamos que este nombre nos venía bien» («Manguaré: misión cumplida», 1972: 33).

¹⁰ Aunque me parece insostenible la hipótesis de una supuesta falta de voluntad del Gobierno cubano para dialogar con la «experiencia chilena» y su búsqueda permanente por radicalizarla, tal como postula este último grupo de autores, estoy de acuerdo que la visita de Castro contribuyó a intensificar la polarización política en Chile, tanto entre Gobierno y oposición, como en el interior de la izquierda.

¹¹ Aquí traduje al español la traducción al portugués que hizo Gomes de la cita de Carlos Puebla.

¹² El Consejo Nacional de Cultura y la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba financiaron la creación de Manguaré y su viaje a Chile (Moore, 2006: 155).

Los integrantes de Manguaré fueron instruidos por músicos de la Nueva Canción Chilena, quienes les dieron lecciones de interpretación musical y teatral. Las profundas diferencias entre las prácticas musicales de los dos países dificultaron su aprendizaje y exigieron grandes esfuerzos, según informaron en la misma entrevista: «tuvimos que aprender a tocar guitarra de nuevo, a cantar de otra manera y a conocer un montón de instrumentos que no habíamos visto nunca» («Manguaré: misión cumplida», 1972: 32). Como analiza Rodríguez:

A pesar que los artistas de la Nueva Canción Chilena evocan con frecuencia la existencia de un lenguaje musical común a las expresiones folklóricas de América Latina, el hecho es que los músicos cubanos constataron en Chile las dificultades de reproducir una práctica folklórica alejada de toda referencia familiar, señalando los grandes esfuerzos implicados (Rodríguez, 2017: 3).

Además de estudiar, los miembros del conjunto se integraron en la escena musical de izquierda, presentándose en fábricas estatales, teatros y festivales de la canción, grabaron con DICAP tres discos sencillos y un Long Play y participaron en grabaciones de sus colegas chilenos en un momento en que estos pasaron a asumir ciertos géneros e instrumentos cubanos como expresión de la Revolución Cubana (Karmy y Schmiedecke, 2020).

Uno de los discos en que participó Manguaré fue *Música para Guillén*, de Marta Contreras, editado por DICAP en 1972¹³. Animada por el propio Nicolás Guillén, a quien había conocido en Valparaíso cinco años antes, Contreras musicalizó varios de sus poemas y transformó este material en el disco. Los integrantes de Manguaré la acompañan en cinco pistas: «Son entero», «Canción portorriqueña», «Canción para despertar a un negrito», «Se acabó» y «Amigo». Su presencia se nota en el uso de instrumentos característicos de la música cubana, como las maracas y congas de «Se acabó», canción cuyos versos exaltan el gesto liberador de Fidel Castro y lo vinculan al proyecto antiimperialista de José Martí: «[...] ¡Ay que linda mi bandera, / mi banderita cubana, / sin que la manden de afuera, / ni venga un rufián cualquiera / a pisotearla en La Habana. / Se acabó, yo lo vi. / Te lo prometió Martí / y Fidel Te lo cumplió. / Se acabó».

La carátula del álbum (Figura 1) evoca explícitamente la imagen de Chile y Cuba como baluartes de la revolución latinoamericana. Hay un mapa en blanco y negro de América Central y América del Sur formado por recortes de prensa correspondientes a la situación política de diferentes países. Encima de este collage hay un puño en tonos rojos que atraviesa el continente y tiene en sus extremos a los países gobernados por Castro y Allende.

La valoración final que hicieron la prensa y los músicos chilenos sobre el intercambio con Manguaré fue muy positiva, subrayando la noción de «pueblos hermanos». Por citar un ejemplo, el cantante Osvaldo Rodríguez declaró tratarse de una experiencia de cooperación musical única en la historia del folclore latinoamericano, que mostró «la hermandad de dos pueblos tan separados por la distancia y el clima, pero que pueden cantar juntos» (Rodríguez, 2017: 3).



Figura 1. Carátula del disco *Música para Guillén*, de Marta Contreras (Dicap, 1972). Fuente: Discogs [https://www.discogs.com/pt_BR/Marta-Contreras-M%C3%BAsica-Para-Guill%C3%A9n/release/10726517]

¹³ Otros ejemplos son el álbum colectivo *Chile Pueblo*, editado en 1972 para celebrar el segundo año de Gobierno de la Unidad Popular; y los singles «Vox Populi» y «La Tribuna», de Quilapayún.

Entre los músicos que ayudaron a Manguaré en Chile se encontraba también Isabel Parra, quien ya había colaborado con otros músicos cubanos. En 1971 Parra grabó el LP *De aquí y de allá*, cuyo lado A corresponde a Chile y el lado B, a Cuba, lo cual representa otro intento por acercar a ambos países¹⁴. Aun en 1971, Isabel viajó a La Habana para asistir a una exposición organizada por la Casa de las Américas en homenaje a su madre, la cantautora, folclorista y artista plástica Violeta Parra. Se trata de una iniciativa llevada a cabo por la directora de la institución, Haydée Santamaría, con apoyo de Fidel Castro. Según la cobertura realizada por la revista chilena *Ahora*, la exposición «proyecta contactos entre ambos países y aporta un flujo considerable a la cultura popular latinoamericana» (Barraza, 1971: 45). Además de exhibir los tapices y arpilleras de Violeta, la Casa de las Américas también editó sus *Décimas autobiográficas* y un LP con canciones suyas¹⁵. Isabel se presentó en el evento y en otras partes de la isla acompañada de Sergio Vitier y otros músicos. De regreso a Chile, afirmó en una entrevista que los músicos cubanos «tienen un profundo respeto por Allende y no nos critican», mientras que ella era una «fanática de Cuba» y no se sentía autorizada a hacerle críticas porque «allí se hacen las cosas de otra manera» (Politzer, 1971: 47). El contacto entre los músicos de ambos países generó un nuevo disco, *Isabel Parra y parte del Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC Cuba*, editado en 1972 por DICAP.

Es importante mencionar que, incluso antes del triunfo de la Unidad Popular, músicos chilenos como Víctor Jara, Rolando Alarcón y Quilapayún grabaron canciones en homenaje a la Revolución Cubana y participaron en discos colectivos producidos en la isla (Karmy y Schmiedecke, 2020: 11-19). Entre las canciones, la más recordada por los analistas es «A Cuba» (1970), en la cual Jara traza un límite entre el modelo revolucionario cubano y el caso chileno, distinguiendo y defendiendo el camino elegido por la Unidad Popular al postular que «no somos guajiros / nuestra sierra es la elección». Otra canción con el mismo nombre, pero que no es una versión de la de Jara, fue grabada por el grupo Aparcoa en su LP *Cri du Chili*, editado en Francia por Le Chant du Monde en 1973. «A Cuba» fue grabada en ritmo de cueca, al igual que otra canción del disco, titulada «La victoria de Allende». El uso de este género, tradicionalmente asociado a la identidad nacional chilena, para rendirle homenaje tanto a la Revolución Cubana, como al Gobierno de Allende, puede interpretarse como una forma de acercar a los dos países a nivel simbólico, desplazando el referente identitario del ámbito nacional al revolucionario.

En el mismo disco, Aparcoa interpreta una versión de la famosa canción cubana «Son de la loma», de Miguel Matamoros. Dos años antes, Isabel Parra la había grabado en *De aquí y de allá*. Como lo observa Montero (2019: 114), aunque Parra no hizo cambios en la letra, la canción adquiere, a través de su reinterpretación, un nuevo sentido contextual. El autor se refiere a los versos «¿serán de La Habana? / ¿serán de Santiago, tierra soberana? / Son de la loma / y cantan en el llano», aclarando que, mientras la canción original remite a Santiago de Cuba, la alusión a Santiago como «tierra soberana» también se puede leer (o escuchar) como una alusión a la capital chilena, es decir, al proceso llevado a cabo por la Unidad Popular (Montero, 2019: 114-115). Un año después de esta grabación, Manguaré incluyó «Son de la loma» como primera pista de su Long Play editado en Chile por DICAP. En esta versión, el conjunto agregó algunos versos para referirse a la coyuntura chilena: «El imperialismo en Chile se quería el cobre llevar / Allende le puso freno con la Unidad Popular / Azúcar, sudor y sangre y amistad sin paralelo / el pueblo cubano brinda a los hermanos chilenos». Aquí hay una referencia a la decisión del Gobierno cubano de donar a Chile una parte de su producción azucarera, además de «sudor y sangre», tal como lo oficializó Fidel Castro en su discurso del 13 de diciembre de 1972, durante la visita oficial de Salvador Allende a la isla (Castro, 1972).

En su versión de 1973, Aparcoa mantiene los primeros versos que había agregado Manguaré, pero cambia los siguientes: «El imperialismo en Chile se quería el cobre llevar / Allende le puso freno con la Unidad Popular / Viva Cuba, viva Chile, / viva el pueblo de Vietnam, / vivan los que luchan / por tener su libertad». Este cambio es significativo si tenemos presente que el disco se editó en Francia, donde probablemente el tema de la donación de azúcar no se conocía ampliamente, pero sí el discurso internacionalista que ponía al mismo lado de la trinchera a Chile, Cuba y Vietnam. Con ello, los músicos buscaron «transmitir una identidad común y sortear las diferencias culturales, para expresar un sentido de solidaridad», tal como lo constató Ashley Black (2018: 121) en su estudio sobre los músicos de Estados Unidos que se acercaron a los movimientos de la canción comprometida en América Latina en la misma época.

¹⁴ El lado «De allá» incluye composiciones de los cubanos Miguel Matamoros, Sindo Garay, Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, abarcando tanto la trova «tradicional» como la «nueva» trova.

¹⁵ La revista *Casa de las Américas* publicó notas sobre la exposición, el libro y el disco en homenaje a Violeta Parra en sus números 69 y 70.

En cuanto a la producción cubana, no encontré canciones grabadas entre 1970 y 1973 que se enfocaran en el contexto chileno. Esto se explica, en parte, por el bajo número de grabaciones en general realizadas por los músicos de la Nueva Trova en aquel período, debido, entre otros factores, a problemas económicos. Pablo Milanés, Silvio Rodríguez y Noel Nicola editaron sus primeros LPs como solistas en 1974, 1975 y 1977, respectivamente¹⁶. Pero tanto antes como después de la Unidad Popular el G.E.S. del ICAIC, del cual estos músicos formaban parte, hizo la banda sonora de documentales que tematizaban eventos chilenos, tal como *Introducción a Chile* (Miguel Torres, 1972). Otras películas producidas por el ICAIC contenían música de exponentes de la Nueva Canción Chilena. Por ejemplo, la banda sonora de *El diálogo de América* (Álvaro Covacevich, 1972) estuvo a cargo del grupo Amerindios, y en *De América soy hijo [...] y a ella me debo* (Santiago Álvarez, 1972) «la Nueva Canción Chilena –particularmente Luis Advis, Víctor Jara, Quilapayún e Inti-Illimani– es omnipresente en la banda sonora» (Del Valle Dávila, 2019: 172).

Mi investigación demostró que se exploraron diferentes caminos en el campo musical con el fin de acercar a Chile y Cuba a principios de los años setenta. Algunos de ellos corresponden a iniciativas vinculadas al Gobierno cubano y sus instituciones culturales. En Chile, el Partido Comunista fue el principal impulsor de intercambios con los músicos cubanos, quienes viajaron al país por invitación de las Juventudes Comunistas y grabaron discos con la DICAP. Tales instituciones también realizaron o apoyaron homenajes a artistas del otro país, tal como la exposición de la Casa de las Américas dedicada a Violeta Parra y el disco *Música para Guillén*, de Marta Contreras, editado por DICAP.

De manera similar a como ocurrió en los discursos oficiales de Salvador Allende y Fidel Castro, la noción de solidaridad fue evocada con frecuencia en entrevistas que comentaban las colaboraciones entre músicos de ambos países, y en sus propias canciones. Como sostuve al comienzo de este texto, no se trata de un mero reflejo en el campo musical de las políticas diplomáticas. La música se concibió como un espacio privilegiado para la consecución de objetivos culturales y políticos, y los diferentes actores que impulsaron iniciativas en este sentido compartían un *ethos* latinoamericanista, tercermundista y revolucionario. Pero, tal como la intención de los Gobiernos de apoyarse mutuamente no fue suficiente para evitar que surgieran tensiones a nivel político, la idea de sortear las barreras nacionales para producir una música que fuera auténticamente latinoamericana y revolucionaria encontró dificultades prácticas para materializarse, como lo vimos en el caso de Manguaré. En otros casos, las diferencias entre ambos contextos fueron recalculadas y utilizadas en pro del apoyo mutuo, como cuando Isabel Parra afirmó que los músicos cubanos no le hacían ninguna crítica al proceso chileno, ni ella al cubano, porque se trataba de dos realidades distintas.

Por parte de los músicos cubanos, la solidaridad persistió tras el golpe militar en Chile. Si bien mi estudio se centró en el período de Gobierno de Allende, encontré que un número más grande de obras musicales dedicadas a la experiencia chilena y sus protagonistas se produjo en Cuba en el postgolpe. Esto merecería ser estudiado en mayor profundidad, examinándose hasta qué punto las iniciativas llevadas a cabo por instituciones y músicos de ambos países durante la Unidad Popular proporcionaron la base para la campaña internacional de solidaridad con Chile y de qué manera las colaboraciones musicales se dieron después del 11 de septiembre de 1973¹⁷.

REFERENCIAS

- ALBORNOZ, César: «La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente». Julio PINTO VALLEJOS (coord.), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM, 2005, pp. 147-176.
- AGGIO, Alberto: «Fidel Castro no Chile de Allende: una insólita visita». *Um lugar no mundo: estudos de história política latino-americana*. Rio de Janeiro: Contraponto; Brasília: Fundação Astrojildo Pereira, 2015, pp. 102-123.
- AGUIAR, Carolina A.: «Imágenes de la derrota y canciones de lucha: la nueva canción chilena en el cine cubano de solidaridad», *Cine Documental* 13, 2016. [<http://revista.cinedocumental.com.ar/imagenes-de-la-derrota-y-canciones-de-lucha-la-nueva-cancion-chilena-en-el-cine-cubano-de-solidaridad/>]
- BARRAZA, Fernando: «Violeta en Cuba», *Ahora* 35, 14/12/1971, p. 45.
- BORGES, Elisa C.; VASCONCELOS, Joana S.: «Cuba e Chile: diálogos revolucionários para América Latina». Jean SALES et al., *Revolução Cubana: ecos, dilemas e embates na América Latina*. Aracaju: IFS, 2019, pp. 246-273.
- CARRASCO, Eduardo: *Quilapayún: la revolución y las estrellas*. Santiago: RIL, 2003.

¹⁶ Entre 1970 y 1973, se editaron dos LPs con canciones de los integrantes del G.E.S.: *Cuba va! Songs of the new generation of revolutionary Cuba* (New York: Paredón, 1971) y *Canciones del Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC* (Cuba: Areito, 1973). Ninguna de ellas alude al proceso chileno.

¹⁷ Entre los pocos trabajos que desarrollan esta problemática se encuentran Aguiar (2016) y Gomes (2018).

- CASTRO, Fidel: «Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, en la concentración popular de solidaridad con el pueblo de Chile y con el Presidente Allende», 13/12/1972. [[http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1972/ esp/f131272e.html](http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1972/esp/f131272e.html)]
- DEL VALLE DÁVILA, Ignacio; AGUIAR, Carolina A.: «A via chilena em debate: análise de *Compañero Presidente* (1971) e *El diálogo de América* (1972)», *Significação* 40 (40), 2003, pp. 153-172.
- DEL VALLE DÁVILA, Ignacio: «*De América soy hijo y a ella me debo* (Santiago Álvarez, 1972): el documental cubano y las polémicas en el seno de la izquierda», *Doc On-line* 2019, sep. 2019, pp. 160-181.
- FERMANDOIS, Joaquín: *Chile y el mundo: 1970-1973. La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985.
- GOMES, Caio S.: «Quando um muro separa, uma ponte une». *Conexões transnacionais na canção engajada na América Latina (anos 1960/70)*. São Paulo: Alameda, 2015.
- GOMES, Caio S.: *Cada verso é uma semente no deserto do meu peito»: exílio, resistência e conexões transnacionais na canção engajada latino-americana (anos 1970)*. Tesis de Doctorado en Historia. São Paulo: Universidade de São Paulo, 2018.
- HARMER, Tanya: *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011.
- HASLAM, Jonathan: *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile: A Case of Assisted Suicide*. London, New York: Verso, 2005.
- KARMY, Eileen; SCHMIEDECKE, Natália A.: «Como se le habla a un hermano: la solidaridad hacia Cuba y Vietnam en la Nueva Canción Chilena (1967-1973)», *Secuencia* 108, 2020, pp. 1-33.
- «MANGUARÉ: misión cumplida», *Ramona* 21, 21/03/1972, pp. 32-33.
- MOORE, Robin D.: *Music and Revolution: Cultural Change in Socialist Cuba*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 2006.
- MONTERO, Gonzalo: «Between Two Revolutions: Cultural Relations between Cuba and Chile during Unidad Popular», *The Global South* 13 (1), primavera 2019, pp. 103-124.
- MULARSKI, Jedrek: *Music, Politics, and Nationalism in Latin America: Chile During the Cold War Era*. New York: Cambria Press, 2014.
- OSSORIO, José M.: «Encuentro de la canción protesta», *Casa de las Américas* 45, nov.-dic. 1967, pp. 139-144.
- PEDEMONTE, Rafael: «The Meeting of Revolutionary Roads: Chilean-Cuban Interactions, 1959-1970», *Hispanic American Historical Review* 99 (2), 2019, pp. 275-302.
- POLITZER, Patricia: «Isabel Parra llegó chocha con Cuba», *Ramona* 4, 19/11/1971, pp. 46-47.
- PROGRAMA Básico de Gobierno de la Unidad Popular: *Candidatura Presidencial de Salvador Allende*. Santiago: [s.n.], 1969.
- «RECITAL de Víctor Jara en el Amadeo Roldán», *Granma*, 1/03/1972, p. 5.
- RODRÍGUEZ, Javier: «El folklore como agente político: la Nueva Canción Chilena y la diplomacia musical (1970-1973)», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Images, mémoires et sons*, en línea, 06/06/ 2017. [<https://journals.openedition.org/nuevomundo/70611>]
- SCHMIEDECKE, Natália A.: «La influencia de DICAP en la Nueva Canción Chilena». Eileen KARMY; Martín FARIAS (comp.), *Palimpsestos sonoros. Reflexiones sobre la Nueva Canción Chilena*. Santiago: Ceibo, 2014, pp. 201-218.
- SCHMIEDECKE, Natália A.: *Não há revolução sem canções. Utopia revolucionária na Nova Canção Chilena, 1966-1973*. São Paulo: Alameda, 2015.
- SCHMIEDECKE, Natália A.: *Nuestra mejor contribución la hacemos cantando: a Nova Canção Chilena e a «questão cultural» no Chile da Unidade Popular*. Tesis Doctorado en Historia, Faculdade de Ciências Humanas e Sociais. Franca: Universidade Estadual Paulista «Júlio de Mesquita Filho», 2017.
- «VÍCTOR Jara fue por canto y salió operado», *Ramona* 34, 20/06/1972, p. 37.
- VILA, Pablo (ed.): *The Militant Song Movement in Latin America: Chile, Uruguay, and Argentina*. Lanham: Lexington Books, 2014.
- VILLAÇA, Mariana: *Polifonia tropical: Experimentalismo e engajamento na música popular (Brasil e Cuba, 1967-1972)*. São Paulo: Humanitas FFLCH-USP, 2004.